

## BALZAC, DOCTOR EN CIENCIAS SOCIALES

*Pedro Torres Curiel*

(Reseña bio-bibliográfica en números anteriores)

En su conocido ensayo *El realismo francés*, Harry Levin comenta con agudeza las diferencias que separan a Stendhal de Balzac. No sólo ambos eran escritores temperamentamente distintos —Stendhal, poco más que un “aficionado despreocupado”; Balzac, un “profesional inveterado”. También la diferencia de edad marca una experiencia histórica distinta en ese momento que suele ser el de la formación de la persona. Dieciséis años separan sus fechas de nacimiento: “Stendhal había crecido durante la Revolución y había hecho su aprendizaje bajo el Imperio; Balzac creció durante el Imperio y sus años de aprendizaje fueron los de la Restauración”. Tal vez esa circunstancia no justifique la diferencia de orientación y de punto de partida de las obras respectivas, pero es indudable que ayuda a comprenderlas. Así, “la obra de Stendhal es una crítica de la Restauración desde el punto de vista de un bonapartista revolucionario; la obra de Balzac es una crítica de la Monarquía de Julio desde el punto de vista de un realista católico”.

Por otra parte, los intereses de ambos a la hora de interpretar y registrar la realidad de su tiempo, más allá de un cierto prurito de fidelidad hacia ella, no resultan ni siquiera coincidentes. Stendhal se inclina por valores resueltamente individualistas, interesándose por la peripecia personal de personajes insertos en un marco político en el que han de mostrar su fuerza, su talento y su energía, de ahí que el análisis psicológico sea en su obra elemento primordial. Balzac planeaba emular a Buffon en su deseo de clasificar, como el naturalista había hecho en el terreno de la zoología, las distintas “especies sociales”. En él, más que el estudio del carácter forjado en un clima político adverso, prima la disección de las clases sociales, fundamentada en el análisis de su situación y su poder económicos. Es relativamente cierta la afirmación de Levin de que, “demostrando las consecuencias externas de los motivos que Stendhal había tratado introspectivamente, Balzac se convirtió en el sociólogo de la novela de lo misma manera que Stendhal había sido su psicólogo”, pues el análisis social en Stendhal también existe, pero es de raíz política, mientras que en Balzac posee bases estrictamente económicas.

El dinero ocupa en la vida y en la obra de Balzac un lugar predominante. Su biografía es la lucha continua por alcanzar un desahogo económico que le permita eludir una larga sucesión de acreedores, con la amenaza real y a menudo inminente de un ingreso en prisión humillante y vergonzoso. Como nos recuerda Harry Levin, “Balzac fue un deudor hasta el final; la coronación de sus agotadores esfuerzos fue no morir en la bancarrota”. Sus quiméricos negocios buscan esa situación de solvencia ilimitada con que soñó toda su vida, y acaso por ello suelen terminar con quiebras y más deudas acumuladas. La creación literaria aparece como la única vía de solución para hacer frente a sus compromisos, siendo con frecuencia el modo con el que el autor busca resarcirse, tanto vital como económicamente, de variadas afrentas. Aunque Levin va algo más lejos; para él, Balzac “consideró francamente la profesión de escritor como un negocio”.

Sin embargo, en eso Balzac seguía la pauta de su tiempo. Fiel al lema del ministro Guizot, ese *enrichissez-vous* que invitaba a todos a la adquisición sin recato de la mayor cantidad posible de dinero, la sociedad nacida de la Monarquía de Julio veía hasta en el Propio rey, “el rey burgués”, a uno de sus más conspicuos negociantes. “El oro, el *louis d'or* y la moneda de cinco francos, las acciones, el cambio, la lotería y los naipes -afirma Arnold Hauser- son los dioses, los ídolos y los fetiches de la nueva sociedad. El becerro de oro se ha convertido en una realidad más tremenda que en el Antiguo Testamento, y los millones suenan en los oídos más tentadoramente que el grito de la mujer apocalíptica (...) Los números, las sumas y los balances son ahora las fórmulas de exorcismo y los oráculos de una nueva mitología, de un nuevo mundo mágico”.

Balzac se entrega a ese culto por la vía de un lujo que podríamos calificar con suavidad como insensato. A pesar de las deudas contraídas como resultado de sus primeras incursiones en el mundo de los negocios, y pese a las notables ganancias que adquirió posteriormente como fruto de su éxito literario, era hombre de gustos exquisitos y amaba rodearse de objetos preciosos, muebles carísimos, encuadernaciones lujosas, lo mismo que de un vestuario acorde con su sueño aristocrático. A este respecto, sobresalen, como un elemento obsesivo y singular, las provisiones y encargos al sastre de docenas de guantes amarillos. Sus invitaciones a degustar en su propia casa cenas copiosas y exóticas, servidas con todo tipo de refinamientos, se hicieron proverbiales entre quienes lo conocieron.

Y, sin embargo, como señala Hauser, a Balzac no le abandonará nunca su sentido de la realidad respecto del verdadero papel del dinero, ni jamás se engañará acerca de sus efectos devastadores en la relaciones humanas; de hecho, el análisis que realiza acerca de su poder destructor en el seno de la sociedad capitalista que pretende retratar jalona toda ***La Comedia Humana***. “¡He visto -exclama el abogado Derville en la página final de *El coronel Chabert*, manifestando sin duda la experiencia del propio Balzac- morir a un padre en una buhardilla, en la más espantosa miseria, abandonado por dos hijas a las que había dado cuarenta mil libras de renta! He visto quemar testamentos; he visto a madres que despojaban a sus hijos, a maridos que robaban a sus

mujeres, a mujeres que mataban a sus maridos sirviéndose del amor que les inspiraban para volverlos locos o imbéciles, con el fin de vivir tranquilamente con un amante. He visto a mujeres que le daban al hijo de un primer matrimonio brebajes que debían producirle su muerte, con el fin de beneficiar económicamente al hijo del amor. No puedo decirle todo lo que he visto, porque he visto crímenes contra los cuales la justicia es impotente”.

Arnold Hauser, por su parte, comenta las secuelas que la ambición desmedida y la codicia van dejando en las páginas de *La Comedia Humana*: “La caza del oro y de la ganancia destruye la vida de familia, aleja a la mujer del marido, a la hija del padre, al hermano del hermano, convierte el matrimonio en una comunidad de intereses, el amor en un negocio y ata las víctimas unas a otras con las cadenas de la esclavitud. [...] El oro aleja a los humanos de sí mismos, destruye los ideales, pervierte los talentos, prostituye a los artistas, poetas y estudiosos, convierte a los genios en criminales y torna a los que nacieron para ser jefes en aventureros y oportunistas”. Y todavía añade: “La clase social que es más responsable del carácter implacable de la economía dineraria y que obtiene de ella mayor provecho es, naturalmente, la burguesía. Pero en la salvaje y brutal lucha por la existencia que ella desencadena participan la aristocracia, que es la víctima más ensangrentada, lo mismo que las demás clases de la sociedad”.

En definitiva, el dinero es el mayor responsable de lo que Louis Lambert, uno de los personajes de Balzac, llama *la ley de la desorganización*, el perturbador de un orden social natural que, para el escritor y para muchos de sus contemporáneos, comenzó a verse amenazado por el pensamiento del siglo XVIII, para tener en la Revolución de 1789 su punto caótico culminante. En la ideología balzaquiana aparecen entonces el Trono y el Altar como los garantes del orden social, los baluartes contra la anarquía y el caos. “Escribo a la luz de dos verdades eternas -nos dirá en su famoso Prólogo a *La Comedia Humana* de 1842-: la religión y la monarquía”.

Las declaraciones de Balzac acerca de su ideología no ayudan a ver en él al escritor revolucionario que fue. Existe una diferencia fundamental entre los contenidos manifiestos y latentes de su concepción del mundo que Émile Zola fue de los primeros en advertir y que Engels posteriormente señalaría con claridad, pues en Balzac se confirma como en nadie la hipótesis de que el talento de un escritor puede estar en contradicción con sus convicciones. Al retratar con fidelidad los mecanismos feroces de la lucha de clases y los principios que rigen la sociedad capitalista, Balzac se configura como un escritor capaz de vertebrar la realidad más allá de la óptica de sus convicciones, que parecen a veces más fruto de un cierto snobismo que de una toma de conciencia exhaustiva.

La huella, no obstante, de esa nostalgia de un mundo ordenado y organizado es posible rastrearla en su deseo de ofrecer una visión completa de la sociedad de su tiempo, integrada en una obra literaria compacta y sistematizada. En palabras de Harry Levin, “las obras completas de Balzac [...] son un intento titánico de imponer un cosmos al caos de la vida contemporánea”. Es en 1837 cuando el gran proyecto de reunir todas sus

novelas en un edificio único -*La Comedia Humana*, sin duda como versión contrapuesta a la obra de Dante- germina en su imaginación. André Maurois, en la biografía que escribió sobre el autor, incluye el fragmento de una carta que al año siguiente, 1834, Balzac dirige a *La Extranjera*, Madame Hanska, con quien pasados los años habría de desposarse; a pesar de su extensión, reproducimos parte de esa carta porque en ella vemos cómo no había ninguna vaguedad en la concepción de su proyecto en esa fecha, sino una idea y un plan absolutamente precisos:

“Los *Estudios de costumbres* representarán todos los efectos sociales, sin que falten en ellos ni una situación de la vida, ni una fisonomía, ni un carácter de hombre o de mujer, ni una manera de vivir, ni una profesión, ni una zona social, ni un territorio francés, ni nada que se relacione con la infancia, con la vejez, con la edad madura, con la política, con la justicia o con la guerra. [...]

Luego, el segundo entramado estará formado por los *Estudios filosóficos*, ya que, después de los «efectos», vendrán las «causas». Os habré descrito, en los *Estudios de costumbres*, los sentimientos y su juego, la vida y su aire. En los *Estudios filosóficos*, diré el porqué de los sentimientos, el cómo de la vida; expondré cuáles son las condiciones más allá de las cuales la sociedad y el hombre dejan de existir, y después de haberla recorrido [la sociedad] para describirla, la recorreré para juzgarla. [...]

Luego, después de los «efectos» y las «causas», vendrán los *Estudios analíticos*, de los que formará parte la *Fisiología del matrimonio*, ya que tras los «efectos» y las «causas», deben buscarse los «principios». Las «costumbres» son el espectáculo, las «causas» son los bastidores y la tramoya. Los «principios», es el autor; pero, a medida que la obra alcanza en espiral las alturas del pensamiento, se aprieta y se condensa. Si hacen falta veinticuatro volúmenes para los *Estudios de costumbres*, sólo se necesitan quince para los *Estudios filosóficos*; y nueve para los *Estudios analíticos*. De esta forma, el hombre, la sociedad, la humanidad, serán descritos, juzgados, analizados sin repeticiones y en una obra que será como *Las mil y una noches de Occidente*”.

Un total de ciento treinta y siete (137) obras de variada extensión configuran el vasto mosaico de *La Comedia Humana*, según el plan redactado por el autor en 1845, de las cuales, en un esfuerzo verdaderamente titánico, llegaría a componer ochenta y una (81). En cuanto a su distribución, se integran en los tres tipos de *Estudios* que ya en 1834 señalaba a Madame Hanska. Como el propio Balzac preveía, los primeros de esos estudios, los *Estudios de Costumbres*, resultan los más numerosos en obras, y los que con cierta lógica ocupan mayor espacio en el conjunto, tanto que el autor decidió a

su vez clasificar estos *Estudios* en seis grupos o *Escenas* diferentes. Destacamos algunas de las obras más memorables de cada una de ellas:

**«Escenas de la vida privada»**

- *Papá Goriot* (1834)
- *El coronel Chabert* (1832)
- *La mujer abandonada* (1832)

**«Escenas de la vida en provincias»**

- *Eugénie Grandet* (1833)
- *Ilusiones perdidas* (1837, 1839, 1843)

**«Escenas de la vida parisiense»**

- *Historia de los Trece* (1833, 1834, 1835)
- *César Birotteau* (1837)
- *Esplendores y miserias de las cortesanas* (1847)

**«Escenas de la vida política»**

- *Un asunto tenebroso* (1841)

**«Escenas de la vida militar»**

- *Los chuanes* (1829)

**«Escenas de la vida en el campo»**

- *El lirio del valle* (1836)
- *El cura de aldea* (1841)
- *El médico rural* (1833)

En cuanto a las otras dos secciones de *Estudios*, destacamos también algunas de sus obras. De los *Estudios Filosóficos*, merecen citarse:

- *La piel de zapa* (1831)
- *La obra maestra desconocida* (1831)
- *Louis Lambert* (1832)

De los *Estudios Analíticos*, sobresalen:

- *Fisiología del matrimonio* (1829)
- *Patología de la vida social* (1830-1838)

Para entender la arquitectura y la concepción unitaria de ***La Comedia Humana*** pocos documentos resultan más esclarecedores que el Prólogo que su autor redactó para la primera edición, en 1842. Dos elementos sustentan el vasto edificio de la obra, de cuya combinación Balzac supo extraer las enseñanzas que le interesaban para adquirir una percepción singular del género. De un lado, los estudios de Historia Natural de Etienne Geoffroy Saint-Hilaire y Buffon; de otro, las novelas sobre Escocia, las *Waverley Novels*, de Walter Scott.

Geoffroy Saint-Hilaire ha pasado a la historia por ser uno de los primeros evolucionistas. Frente a Cuvier, en una controversia científica de la que hasta Goethe se hizo eco, había formulado la doctrina del “principio de la

unidad de composición orgánica” o, lo que es lo mismo, en palabras de Balzac procedentes de su citado Prólogo (1842): “No hay más que un animal. El creador se ha servido tan solo de un patrón para todos los seres organizados”. Las diferencias entre las diversas especies se derivan de su adaptación a distintos medios. Aunque de forma más compleja, en la sociedad ocurre lo mismo que en la naturaleza. “¿No hace la sociedad del hombre, según los medios en que su acción se desenvuelve, tantos hombres diferentes como variedades existen en zoología? Las diferencias entre un soldado, un obrero, un administrador, un abogado, un ocioso, un sabio, un político, un comerciante, un marino, un poeta, un mendigo, un sacerdote, son, aunque más difíciles de abarcar, tan considerables como la que distinguen al lobo, al león, al asno, al cuervo, al tiburón, a la foca, a la oveja, etc... Así, pues, podemos asegurar que han existido y existirán siempre especies sociales, como han existido y existirán especies zoológicas”. Y de la misma manera que Buffon ha procedido en su *Historia Natural* a la descripción y clasificación del conjunto de la zoología, Balzac se pregunta: “¿No debía hacerse una obra del mismo género para la sociedad?”.

La importancia de la ideas de Geoffroy Saint-Hilaire en la concepción de *La Comedia Humana* se hace más ostensible aún si tenemos en cuenta que la primera obra que Balzac escribió consciente del gran proyecto que quería llevar a cabo, *Papá Goriot* (1834), se abre con esta dedicatoria: “Al grande e ilustre Geoffroy Saint-Hilaire, como testimonio de admiración por sus trabajos y su genio”.

En cuanto al segundo elemento que entra en la combinación, las *Waverley Novels* de Walter Scott, Balzac reconoce en al autor escocés al escritor que dignificó “un género de composición injustamente llamado secundario”, afirmando incluso que “Walter Scott daba el valor filosófico de la historia a la novela”. En el fondo, como señala André Maurois en su biografía de Balzac, al describir las costumbres, los moradores, la vida cotidiana y el pasado de Escocia, Walter Scott “no solo había escrito novelas históricas, sino estudios sociales”. Y trae a colación una cita extraída de la obra de Maurice Bardèche *Balzac novelista*, que creemos oportuno reproducir: “[En las *Waverley Novels*] el color local es sólo el decorado, El centro del cuadro lo constituyen los personajes significativos, aquellos que Balzac llamará más tarde *tipos sociales*: el laird [terrateniente], el pastor del campo, el gran señor que vive en la corte, el hidalguelo rural, el partidario de la dinastía y el partidario del pretendiente, el papista, el cameroniano, el maestro de escuela, el contrabandista, el hombre de leyes, no son tan sólo personajes de novela, sino que cada uno de ellos es también el representante de una categoría social cuyo papel tuvo importancia en la vida escocesa y sin el cual esta sería incomprendible”.

El inconveniente de Walter Scott, calibrado por Balzac en esa mismo Prólogo, es no haber sabido ligar sus composiciones a fin de coordinar una historia completa “en la que cada capítulo hubiese sido una novela y cada novela una época”. Eso es lo que el escritor francés pretenderá realizar en *La Comedia Humana*: “Al darme cuenta de esa falta de ligazón, que en nada disminuye la grandeza del escocés, vi en ella, al mismo tiempo, un sistema

favorable para la ejecución de mi obra, y la posibilidad de ejecutarla [...] La sociedad francesa iba a ser el historiador; yo me limitaba a ser su secretario [...] Con mucha paciencia y valor iba a realizar sobre la Francia del siglo XIX ese libro que tanto echamos todos de menos, ese libro que Roma, Atenas, Tiro, Memphis, Persia y la India no nos han dejado, desgraciadamente, de sus civilizaciones”.

A través de más de dos mil personajes, de los cuales más de cuatrocientos aparecen a su vez en distintas novelas, dando lugar a los singulares *retornos* que caracterizan *La Comedia Humana*, Balzac emprende la tarea de escribir la historia de la moderna sociedad francesa, empeño que le valió el título honorífico por el que en la historia de la literatura se le conoce, el de “Doctor en Ciencias Sociales”.